

# Comentarios

## *Los obstáculos de género para el ejercicio profesional de las mujeres*

En días recientes, uno de los semanarios de más larga trayectoria y credibilidad de El Salvador, dedicó su editorial al análisis de los cambios del perfil personal y profesional de las personas que nos desempeñamos en el campo de la economía<sup>1</sup>. En este editorial, se mostraban las grandes transformaciones que, de acuerdo con el editorialista, han tenido lugar en el perfil dominante de este grupo profesional. Cambios en los enfoques teóricos, cambios en los patrones de consumo y cambios en las actitudes frente al poder económico y al poder político. De tal suerte que, de acuerdo con este enfoque editorial, se podría hablar con toda propiedad de “viejos y nuevos economistas”.

Al margen de la validez de los argumentos, que sirven de fundamento a esta dicotomía, es evidente que los viejos y los nuevos economistas tienen una coincidencia, el perfil masculino que domina la representación imaginaria que, en el editorial, se atribuye al ejercicio profesional de la economía, en ambas generaciones:

El economista que profesaba estas ideas era un crítico acerbo, no solo de quienes profesaban ideas contrarias a las suyas, sino también de quienes hacían ostentación de sus riquezas y privilegios. Su bandera era la austeridad, una austeridad que tenía que verse reflejada en su aparien-

cia física —*por ejemplo, barba y cabello descuidado*— y en su vestimenta —sencilla y desgarrada. Este era el modo de ser de sociólogos, historiadores, psicólogos sociales y literatos: *el economista estaba en sintonía* —en preocupaciones y estilo de vida— *con sus colegas de las ciencias sociales*<sup>2</sup>.

Se podrá contraargumentar que hablar de “los economistas” en lugar de “los y las economistas” es solo una forma de utilizar de una forma más eficiente el idioma castellano, sin tener que recurrir constantemente a la alusión explícita a los hombres y a las mujeres, ya que se “sobrentiende que al referirnos a los economistas, estamos, implícitamente hablando también de las economistas”. Tan falso es este argumento, como la supuesta neutralidad de género que quisiéramos atribuir a los análisis económicos, presentados por la principal revista especializada sobre el tema en el país, y titulada precisamente: “el: economista”<sup>3</sup>. Una revisión del contenido de los primeros cinco números de esta publicación muestra que no solo ha habido ausencia de temas relevantes en la agenda económica de las mujeres (tales como discriminación en el acceso al crédito para las mujeres empresarias o discriminación en el salario y ocupacional), sino que tampoco ha sido consultada la opinión de ninguna mujer economista para la elaboración del segmento dedi-

1. Ver Semanario *Proceso*, San Salvador, 4 de mayo de 2002.
2. *Ibid.*, p. 2.
3. Ver “el: economista”, Grupo Editorial Dutriz, San Salvador, 2005.

cado al análisis de los temas económicos<sup>4</sup>. Esta "invisibilidad" de las mujeres, en el ejercicio profesional de la economía, contrasta con el hecho de que una mayoría femenina predomina en la matrícula de la carrera de licenciatura en economía, en las universidades del país, y con que las mujeres ocupan, por lo general, los primeros lugares en el *ranking* de egresados y egresadas de esta carrera<sup>5</sup>.

Este fenómeno se repite también en los libros de texto utilizados en las materias de la carrera de economía, así como también en los representantes de las escuelas de pensamiento económico, enseñadas en la universidad. Salvo contadas excepciones, no se utiliza ningún texto escrito por mujeres economistas ni se enseñan las teorías económicas desarrolladas por ellas. Por supuesto, estas tendencias no son exclusivas de la sociedad salvadoreña, ni tampoco son exclusivas del ejercicio profesional de la economía. El ejercicio profesional excluyente de las mujeres en otros ámbitos de las ciencias, ha sido objeto de diversas investigaciones, sobre todo en Europa y Estados Unidos.

Uno de los estudios más completos y de mayor repercusión es el de la prestigiosa bióloga molecular del desarrollo Nancy Hopkins<sup>6</sup>, de mediados de los años noventa, y del Massachusetts Institute of Technology de Boston. Durante cinco años recopiló datos e hizo entrevistas, de los cuales concluyó que, pese a ser iguales a los colegas del mismo rango, medido con criterios estándar, como ser miembro de la National Academy of Sciences o de la American Academy of Arts and Sciences, a menudo las mujeres recibían salarios más bajos, menos espacio en el laboratorio, menos recursos, menos premios y menos crédito por actividades externas. Más aún, a pesar del aumento del número de científicas, en muchas disciplinas, no había habido cambio en la proporción de profesoras permanentes, en Massachusetts Institute of Technology (8 por ciento del total), en los últimos diez años. El impacto de esta investigación fue tan fuerte que hizo que la institución admitiese el sesgo discriminatorio,

el cual también se da en otras universidades e institutos de Estados Unidos — Harvard Medical School, California Institute of Technology, UCLA, etc. —, las cuales se vieron obligadas a adoptar una serie de medidas para romper este patrón de discriminación por género, casi veinte años después que el Congreso de ese país implantase una legislación específica para promover la igualdad de oportunidades para las mujeres y las minorías étnicas en ciencia y tecnología.

En España, un estudio del Observatorio de Bioética y Derecho de la Universidad de Barcelona advierte que las mujeres, no obstante representar casi el 60 por ciento de las personas egresadas de licenciatura en las universidades españolas, ocupan solo el 12 por ciento de las cátedras universitarias y solo hay cuatro rectoras en las 72 universidades existentes. Según los datos de este informe, en España, no hay todavía ninguna mujer catedrática en 27 áreas, entre ellas pediatría y teoría de la literatura, y tampoco se encuentra una mujer en las filas de algunas de las reales academias, como la Real Academia de la Jurisprudencia y Legislación y la Real Academia Nacional de Farmacias. La Fundación Catalana para la Investigación constató que, en 2003, entre sus 59 miembros no había ninguna mujer y que en el Centro Superior de Investigaciones científicas (CSIC), la principal institución de investigación española, la situación no había mejorado significativamente en treinta años. Entre 1979 y 2003, el número de profesoras que dirigen investigaciones — la categoría más alta — pasó del 8 al 15.4 por ciento<sup>7</sup>.

Cómo explicar esta marginación y discriminación que sufrimos las mujeres en el ámbito profesional, las cuales parecen ser independientes del nivel de desarrollo relativo de las sociedades. Una famosa anécdota de economistas tal vez ayude con la respuesta. Se cuenta que la economista inglesa Mary Paley fue la primera mujer graduada de la Escuela de Economía de la Universidad de Cambridge y, además, fundó la facultad de economía para muje-

4. Por ejemplo, en las cinco ediciones del segmento "Contrapunto" de "el economista" aparecen doce opiniones de profesionales de la economía sobre diversos temas, todas ellas de hombres.
5. En los últimos cinco años, en la licenciatura en Economía de la UCA, las mujeres han representado, en promedio, el 65 por ciento de la matrícula total de la carrera y han ocupado siete de los primeros diez lugares en rendimiento académico.
6. Flora de Paulo, "Las científicas y el techo de cristal", Centro de Investigaciones Biológicas. España. En [www.amit-es.org](http://www.amit-es.org)
7. Periódico Digital *El País*, 6 de diciembre de 2004.

res del Newnham College, donde fue una docente destacada y desde la cual promovió la formación de mujeres economistas. Fue también co-autora con el que después sería su esposo, Alfred Marshall, de *Economics of Industry* (1879), un éxito no solo de ventas, sino que también fue considerada como una obra fundamental del proceso de elaboración de la teoría neoclásica. *Economics of Industry* estableció, por primera vez, la necesidad de separar la economía política de la economía pura, una idea que luego fue retomada por Alfred Marshall, en los *Principios de economía*.

¿Por qué no se estudia actualmente a Mary Paley ni tampoco se la considera como una de las “madres” de la teoría neoclásica, a diferencia de lo que ocurre con su esposo, Alfred Marshall? ¿Cómo pudo la historia del pensamiento económico del mundo occidental olvidarla de esta manera tan ingrata? La respuesta es simple, porque su esposo suprimió su nombre en la edición de 1892 de *Economics of Industry*. Simultáneamente, la presionó hasta que abandonó el ejercicio profesional de la economía y se dedicó a atender las obligaciones de la familia Marshall, en expansión. De Mary Paley solo queda una escueta referencia hecha por su esposo, en el Prólogo de la última edición de *Economics of Industry*, pero sin mencionar siquiera las ediciones anteriores. El agradecimiento a su esposa se limita a expresar que “Mi esposa me ha ayudado en cada una de las etapas de redacción del manuscrito y de lectura de las pruebas de imprenta de mis *Principios* y también de este libro; por lo que la deuda que tengo por sus sugerencias, sus opiniones y su atención es doble”.

Al igual que Mary Paley, la actividad profesional de las mujeres salvadoreñas, españolas, norteamericanas y, en general, de todas las mujeres que vivimos en sociedades organizadas, desde el poder patriarcal, está determinada por las estructuras culturales, sociales y familiares, las cuales nos subordinan y nos obligan a asumir las responsabilidades del cuidado y la administración del hogar, y, al mismo tiempo, nos excluyen o nos vuelven invisibles en el ejercicio profesional no relacionado con el estereotipo de mujeres-madres-esposas, predomi-



nante en este tipo de sociedades. La científica Christiane Nüsslein-Volhard, ganadora del Premio Nóbel de biología, en una entrevista reciente para el *New York Times*, manifestaba que lo único importante de los científicos que las científicas no poseen, es una esposa, entendida como “aquella persona que mantiene a la familia en funcionamiento, que hace la lista mental de quiénes necesitan zapatos nuevos y dónde se guarda el detergente para la lavadora. La esposa es la persona que levanta el andamiaje y asegura los peldaños de la escalera, para que todos los miembros de la familia puedan subir”<sup>8</sup>.

Debido a que el rol de esposas, en la mayoría de familias, lo desempeña una mujer, las mujeres profesionales tienen que desempeñar una doble jornada de trabajo, de la cual se pueden liberar siempre y cuando alcancen el éxito profesional, el cual les permite disponer de dinero para contratar ayuda en las funciones reproductivas del hogar. De esta manera, las mujeres profesionales tienden a caer en una especie de círculo vicioso, el cual reproduce de forma constante su situación de exclusión o marginación profesional. No pueden alcanzar el mismo desempeño que sus colegas hombres, debido a que deben atender sus funciones de esposas, lo cual les impide el reconocimiento profesional que les permitiría obtener los ingresos necesarios para contratar ayuda que ejecute el trabajo doméstico, y así sucesivamente. En el caso salvadoreño, por ejemplo, los salarios de las mujeres de la categoría ocupacional “profesionales y científicos” es apenas el

8. *The New York Times*, “Un premio Nóbel concluye: las trabajadoras necesitan una esposa”, 23 de junio de 2005.



59 por ciento de los salarios percibidos por los hombres de esa misma categoría ocupacional, no obstante que representan el 46.1 por ciento del total de empleados en esa clasificación<sup>9</sup>.

El problema de las mujeres, sin embargo, no se limita a las responsabilidades del trabajo doméstico, sino que también incluye la existencia de estereotipos de género, los cuales predominan en la sociedad y que, independientemente de lo que ocurre en la realidad, identifican a las mujeres con el ejercicio de ciertas profesiones y las excluyen de otras. Las declaraciones del rector de la Universidad de Harvard, Laurence H. Summers, quien afirmó que las mujeres tienen “menos aptitudes intrínsecas para la ciencia y la ingeniería que los hombres”<sup>10</sup> abrió un debate, en el ámbito académico norteamericano. Esta percepción se fundamenta en la segregación de ocupaciones por razón de la división sexual del trabajo, en las sociedades patriarcales. Esto conduce de forma inexorable a subvalorar o a menospreciar la capacidad “natural” de las mujeres para desempeñarse en ámbitos profesionales y científicos, que la sociedad considera como “típicamente masculinos” —la economía, la ingeniería, la política, la ciencia en general—. Esta es con toda probabilidad parte de la explicación del por qué el nombre de Mary Paley fue borrado de la reconstrucción de la historia del pensamiento económico, mientras que el de Alfred Marshall se mantiene, en un sitio destacado, en esa misma historia que, dicho sea de paso, es una historia escrita por hombres, cuyo paradigma de economista es fundamentalmente masculino.

Se podrá intentar refutar estos planteamientos con las excepciones. Existen mujeres que destacan en diversas profesiones que la tradición ha vedado a las mujeres. En el caso salvadoreño se podría argu-

mentar que varias profesionales ocupan cargos importantes —la Ministra de Economía, la vicepresidenta de la república, la presidenta del Banco Central de Reserva, la viceministra de hacienda, la presidenta de la Cámara de Comercio e Industria de El Salvador, etc. Sin desmerecer los méritos indiscutibles de estas profesionales, está por determinar si su “éxito profesional” es, en realidad, un éxito de mujeres representativas del promedio de profesionales del país; asimismo, habría que analizar si la razón de estos nombramientos es su identificación con los objetivos patriarcales del partido de gobierno o, por el contrario, se explica por su compromiso con la transformación de las condiciones, que subordinan y excluyen a las mujeres de la actividad económica, política y social.

En todo caso, es obvio que para revertir esta situación, en El Salvador y en el resto del mundo, es necesario que la sociedad se sensibilice y tome conciencia de las dificultades de género que tienen que enfrentar las mujeres en el ejercicio de sus profesiones. Esta toma de conciencia es un paso necesario para crear la voluntad política necesaria para inducir las profundas transformaciones culturales, familiares y sociales que demanda una sociedad más equitativa y solidaria para hombres y mujeres. Sin embargo, tal como la experiencia lo demuestra, la voluntad para hacer estos cambios es un paso necesario, pero insuficiente. Son necesarias acciones positivas y firmes para comenzar a transformar la realidad de las mujeres, y esto se logra no solo al nivel de la conciencia, sino que también en la acción. He aquí el reto de las mujeres, y de los hombres, comprometidos con una nueva sociedad.

JULIA EVELIN MARTÍNEZ  
Economista, catedrática e investigadora del  
Departamento de Economía de la UCA

9. PNUD, *La equidad de género en El Salvador*. Cuadernos sobre Desarrollo Humano. El Salvador, 2004.

10. *The New York Times*, *op. cit.*, p. 6.